MARIANO MUZAS

LA SEÑORA DE GONZÁLEZ

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LA SEÑORA DE GONZALEZ

LA SEÑORA DE GONZALEZ

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MARIANO MUZAS

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid, el 22 de Diciembre de 1913

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA........................	SRTA. SAMPEDRO.
MANUELA.......................	SRA. DÍAZ ESCOBAR.
SEÑÁ JUSTA....................	» BERMEJO.
DON FEDERICO GONZÁLEZ....	SR. DÍAZ ADAME.
MELITÓN REBOLLO............	» MAXIMINO.
RONQUILLO.....................	» LEYVA.

La acción en Alcalá de Henares.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Sala de una fonda. En la pared del foro, carteles de teatros y de toros y algún anuncio. Puerta al foro y otra lateral derecha. Junto á esta puerta un llamador de timbre eléctrico. A la izquierda balcón. En el centro velador con recado de escribir, y á ambos lados de dicho velador una butaca ó mecedora. Sillas.

ESCENA PRIMERA

DON FEDERICO y RONQUILLO. Ambos por la segunda derecha

RON. (Con el sombrero puesto.) Esté usted tranquilo; el asunto puede considerarse ya como hecho; ó usted sale concejal ó dejo yo de ser Ronquillo.

FED. Bueno. Quítese el sombrero, Ronquillo; un poco más de respeto. (Ronquillo se quita el sombrero.) No olvidaré lo mucho que trabaja usted por mi triunfo.

RON. Mucho, don Federico.

FED. Ya lo sé; pero usted sabe también lo que le he prometido.

RON. La plaza de administrador de su finca «La Complutense.» (Se pone el sombrero.)

FED. Pero quítese el sombrero, querido Ronquillo.

RON. (Quitándose el sombrero.) Sólo hay un obstáculo para conseguir el triunfo.

FED. ¿Cuál?

RON. Eso de vivir usted separado de su mujer.

FED. ¡Ah!... ¿Eso?...

RON. Como en las presentes elecciones quieren los electores llevar al Ayuntamiento los hombres más *circuspetos* de la localidad... Perdóneme usted que yo me atreva... (Se pone el sombrero.)

FED. Perdonado. Pero, escúcheme usted, Ronquillo. Como yo, durante mi juventud, estuve consagrado á la fàbricación de almendras, no tuve tiempo para otra cosa, y el amor hallábase dormido en mi corazón; pero ¡ay! amigo mío, cuando me retiré de los negocios, me fuí á pasar una larga temporada con mi hermano en Guadalajara; allí conocí á una hija de Ciruelas...

RON. ¿De quién?

FED. De un pueblo de la provincia. Y de tal manera se me despertó el amor, que á los dos meses me casaba con ella.

RON. ¿Tanto le gustaba á usted?

FED. Ojalá no me hubiera gustado tanto.. Pero, quítese el sombrero, hombre.

RON. (Descubriéndose) Siga usted.

FED. Pues á los tres meses, cuando aún debía estar disfrutando la luna de miel, me separaba de mi esposa... Aquello no era una mujer; era una fiera.

RON. ¡Qué lástima! ¿Vino usted aquí con ella?

FED. No, aquí nadie llegó á conocerla. Pero vamos á ver, ¿tengo yo la culpa de estar separado de mi mujer?

RON. No, señor; pero ya sabe usted la mogigatería de los pueblos, y los electores protestan de que haya sido usted proclamado candidato y están decididos á no votarle. Y como las elecciones están celebrándose en estos momentos, conviene, si quiere usted salir concejal, poner un remedio inmediatamente.

FED. Pues bien; ya está puesto.

RON. ¿Qué?

FED. Que ya está puesto el remedio.

RON. ¡Ah!

FED. Sí, Ronquillo; vaya usted y corra la noticia de que mi mujer se hallará aquí hoy mis-

mo y de que me pasearé con ella por la localidad.

RON. ¿De modo que ha hecho usted las paces con su señora? (Poniéndose el sombrero.)

FED. ¿Qué he de hacer?...

RON. Entonces...

FED. Mi hermano, el de Guadalajara, tiene una hija y aprovechando la circunstancia de que aquí nadie conoce á mi sobrina, la he invitado á pasar unos días con mi hermana y conmigo... y ya puede usted suponerse lo demás.

RON. Sí... ya, ya supongo... Vienen su sobrina y su hermano

FED. No; sólo viene mi sobrina acompañada de la mujer del ordinario de Alcalá, que es de toda confianza, y que incidentalmente se hallaba pasando una temporada en Guadalajara.

RON. ¿Esa que le llaman la Marmota porque se duerme á todas horas y en cualquiera parte?

FED. Sí, esa... Pero, ¡qué pesado es usted! Quítese el sombrero, Ronquillo.

RON. (Quitándose el sombrero.) Bueno. Voy á prevenir á los electores. ¡El triunfo será de usted!

FED. Yo así lo espero.

RON. ¡Lampárez, el otro candidato, nunca tuvo las simpatías de usted!

FED. ¡A luchar, Ronquillo!

RON. ¡A luchar... y á vencer! (Vase por el foro.)

ESCENA II

DON FEDERICO

¡Estos convecinos míos son tremendos! ¡Exigirme ahora que tenga mujer! ¡Yo que vivo tan tranquilo con mi hermana! Sin embargo, no quiero perder la elección por esa bagatela. Daré gusto á los vecinos; tendré mujer...

ESCENA III

DON FEDERICO y MANUELA; luego AURORA y la SEÑÁ JUSTA

MAN. (Por el foro.) Señor, una señorita pregunta por usted... ¿Qué nombre me ha dicho? Ah, ya me acuerdo; la señorita Aurora. Viene con la mujer del ordinario.

FED. Que entren.

MAN (Desde la puerta del foro.) Pasen ustedes.

FED. (Ya está aquí mi sobrina.) (Salen por el foro Aurora y la señá Justa; aquélla con un paquete de pastelería y un cabás que deja sobre el velador. Manuela se va después que salen Aurora y la señá Justa.) ¡Aurora!... (Abrazándola.) ¡Cuántos deseos tenía de verte!... Señora Justa.,.

AUR. Muchos recuerdos de papá.

FED. Gracias.

JUSTA A última hora ha estao en un tris que no la dejara venir.

FED. ¿Por qué?

JUSTA Por esas habladurías que andan por ahí. (Bosteza.) ¡Aaaah! Con su permiso. (Se sienta.)

FED. ¿Qué habladurías son esas?

JUSTA Pues que á la gente le ha dao por decir que yo soy capaz de dormirme en la punta de una bayoneta, y su señor hermano de usted ha estao á punto de no dejarla venir conmigo.

FED. Pues me revienta si suspende el viaje.

JUSTA Gracias á que entre la señorita y yo le hemos convencido... (Empieza á dormirse bostezando y dando algunas cabezadas.) Ojalá fuese verdad lo que di... cen; pero ¡quiá! el *ruma* no me deja pegar un ojo por las noches. (Pausa. Ronca.)

FED. Por las noches, no; pero por el día... (A Aurora) Ya se durmió.

AUR. ¡Tanto tiempo sin verte, querido tío!

FED. (Imponiéndole silencio.) ¡Chist! ¡Por Dios, que no te oigan! No me llames tío.

AUR. ¿Por qué?

FED. (Con misterio.) Mi idea al hacerte venir es que un poco de tiempo seas mi mujer.

AUR. (Llorando.) ¿Yo tu mujer?

FED. No llores, chiquilla, que van á creer que nos llevamos mal.

(Sale Manuela por el foro.)

MAN. Diga usted, señor, ¿hay que aviarle habitación á esta señorita?

FED. No. Esta señorita es mi esposa. (Aurora llora más fuerte.) No llores.

MAN. (¡Ah, ya!... Poquito que se ha hablado de ella en Alcalá... Y es guapa... Por lo visto han hecho las paces. Pero, ¡de qué manera! La pobrecilla acaba de llegar y ya está llorando. (La señá Justa ronca.) ¡Ave María Purísima! ¡Y luego dice que nunca tiene sueño!) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

DICHOS menos MANUELA

FED. (A Aurora con mucho cariño.) No llores, tontina. Yo á cambio de ese favor haré por ti todo lo que tú quieras.

AUR. Pero, ¿á qué viene esto?

FED. Cosas de la política. Tú, por de pronto, es preciso que no hables á nadie de esto. ¿Oyes? A nadie.

AUR. (Gimiendo.) A nadie que... rido ti... tío.

FED. Por todos los santos, no me llames tío; llámame... (Lo piensa.) tu Federico. Anda, ensaya á ver...

AUR. (Fingiendo mimo.) Sí, Federico mío.

FED. ¡Eso es; muy bien!

AUR. Pero, oye; ¿mi tía dónde está?

FED. En casa; luego iremos á verla.

AUR. ¿Cómo luego? ¿No es esta tu casa?

FED. No; esto es una fonda donde he alquilado esa habitación, (Señalando á la puerta de la derecha.) para recibir á los electores. Tu tía padece de jaquecas y he querido evitarle toda clase de ruidos y molestias.

JUSTA (Despertándose.) ¡Mire usted que decir que yo me duermo!

FED. ¡Ya, ya!

JUSTA Bueno. No quiero molestar más con la con-

versación. Hay días que me pongo mu habladora, y hoy es uno de ellos; conque mandar...

FED Espere usted que quiero darle un encargo.

JUSTA Usté dirá, don Federico.

FED. Pues deseo que á todo el que le pregunte quién es la señorita le diga usted que es mi mujer.

JUSTA Pero, ¿está usté casao con su sobrina?

FED. No, mujer; pero usted no diga que es mi sobrina, sino mi señora. Y si corre usted bien la noticia le daré... ¡cincuenta pesetas!

JUSTA Antes de media hora lo sabe tóo Alcalá.

FED. Pues tome usted por adelantado (Dándole un billete.)

JUSTA (Cogiendo el billete.) Gracias.

FED. Y si salgo Concejal le daré otras cincuenta.

JUSTA Si estuviera en mí... Dígame usté qué puedo hacer yo.

FED. Decir hasta que terminen las elecciones que la señorita Aurora es mi mujer.

JUSTA ¿Nada más hasta que terminen las elecciones?

FED. Nada más; porque desde ese momento la señorita Aurora recobrará su libertad y volverá á ser mi sobrina.

JUSTA ¡Ah, vamos!... Ya sé... Como el otro candidato es casao y la gente dice que si usté por estar separao de su señora no debe de ir al Ayuntamiento...

FED. ¡Eso es!...

JUSTA Pues ya verá usted si la gacetilla cunde. Hasta en la parroquia van á saber que la señorita Aurora es su mujer. Ahora van á saber si yo duermo ó estoy despierta. Queden ustés con Dios. (Vase por el foro.)

ESCENA V

DON FEDERICO y AURORA

AUR. ¿De modo que sólo voy á ser tu mujer hasta el momento en que terminen las elecciones?

FED. Nada más. Después ya no tiene objeto.

AUR. ¿Y cuándo terminarán?

FED. Dentro de unas horas.

AUR. ¡Aaah! Yo creía que duraría más esta situación.

FED. Ahora dime qué quieres.

AUR. Poca cosa; tomar un bocadillo. El viaje, aunque corto, me ha abierto el apetito. Mira, traigo aquí unos bartolillos muy ricos hechos por mí. (Cogiendo el envoltorio de papel que dejó sobre el velador.)

FED. Pues yo tengo ahí un Jerez del año cincuenta suculentísimo. Anda, yo también comeré bartolillos. Y después del refrigerio saldremos á dar una vuelta. Te enseñaré la población. (Y te enseñaré á la población.) (Vanse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

MANUELA y MELITÓN, ambos por el foro. Él con una maleta y un lío de regular tamaño envuelto en un hule y sujeto con un portamantas

MEL. Una pregunta, camarera.

MAN. Usted dirá, señorito

MEL. Bueno. Ante todo tome usted. (Le da una moneda.)

MAN. (Coge y mira la moneda.) (Dos realitos en plata.)

MEL. Yo deseo que me diga usted una cosa.

MAN. (¿Qué querrá éste que le digan por dos reales?)

MEL. (Me parece que le he dado poca propina.) Oiga.

MAN. ¿Qué?

MEL. Deme usted los dos realitos.

MAN. (¡Anda! Ahora me los quita. ¡La verdad es que para poca salud!...) (Le da la moneda.)

MEL. (Coge la moneda y saca otra que le da á Manuala.) Tome, son dos pesetas, ¿eh?

MAN. (Cogiendo la moneda.) Ya lo veo. (Esto, aunque poco, ya es algo.) Bueno. Usted dirá.

MEL. Pues mire, yo deseaba saber si ha venido á esta fonda una señorita que ha hecho conmigo el viaje desde Guadalajara.

MAN. ¿Sabe usted su nombre?

MEL. Aurora.

MAN. (¡Viene por ella!)

MEL. ¿Qué? ¿Está aquí?

MAN. Sí... sí, señor. Pero ya sabrá usted que esa señorita no está sola.

MEL. Ya lo sé.

MAN. ¿Sabe usted?...

MEL. Sí, sí. (Está con la mujer del ordinario, según me ha dicho la misma señorita.)

MAN. (¡Qué insolente! Sabe que es casada y no tiene miedo al marido. A mí estas cosas me ponen la carne de gallina.)

MEL. ¡Ah! Tráigame usted una bolsa de almendras.

MAN. En seguida, señorito. (Quiera Dios que no tengamos un drama.) (Vase y vuelve cuando se indica.)

MEL. Qué contento estoy. ¿Cómo iba yo á suponer que perdería mi corazón en este viaje? Pero no es extraño, ¡es tan linda esa señcrita! ¡Y qué viaje más delicioso he hecho en su compañía. La mujer del ordinario se durmió apenas entró en el vagón, y como en él íbamos los tres solitos ¿yo qué hago?. . Pues voy y aprovechando la oportunidad me acerco á Aurora y le digo unas palabritas dulces que ella me agradece, entonces la invito á que se asome á la ventanilla y accede. Allí mi entusiasmo crece... De repente se abre la portezuela del coche y ambos corremos el peligro de caer á la vía. Yo, haciendc mil equilibrios, logro impedir la caída; pero Aurorita del susto cae desmayada en mis brazos, vuelve en sí poco á poco, y cuando al fin abre los ojos va y me dice: á usted le debo la vida.

MAN. (Por el foro con una bolsa de almendras.) La bolsa.

MEL. La vida.

MAN. ¿Qué?

MEL. (Cogiendo la bolsa de las almendras.) ¡Ah, sí!

MAN. (Desde que este joven me ha dicho á lo que viene ¡tengo un susto en el cuerpo!...) (Vase por el foro)

ESCENA VII

MELITÓN; luego AURORA

MEL. El resto del viaje todo han sido frases de gratitud y suspiros...

AUR. (Por la derecha y como hablando con don Federico.) Bueno; sé breve, aquí espero. (Ahora se pone á corregir un discurso.)

MEL. (¡Ah! ¡Ella!) Señorita...

AUR. (¡El! ¡Mi compañero de viaje!) Caballero... Qué pronto hemos vuelto á vernos.

MEL. Es muy sencillo, señorita. Yo soy la mariposa, usted la luz y voy deslumbrado en busca de la dicha.

AUR. (¡Qué galante y qué guapo!)

MEL. ¡Ay, señorita! No puedo olvidar ese viaje tan delicioso. (Ofreciéndole una almendra.) ¿Una almendrita?

AUR. (Cogiendo la almendra.) Gracias. Yo tampoco olvidaré que me ha salvado usted la vida.

MEL. No se acuerde usted de eso, señorita. ¿Qué no haría yo por usted?... ¿Otra almendrita?... (Le da otra almendra que Aurora coge.) La bolsa... Tome usted la bolsa; para usted la he comprado. Son de aquí... *agarrapiñadas.*

AUR. (Cogiendo la bolsa.) ¡Gracias!

MEL. ¡Ay, señorita!

AUR. ¿Qué?

MEL. Yo quisiera hablar sin rodeos.

AUR. Hable usted.

MEL. Pues es el caso que he decidido ofrecerle á usted mi corazón.

AUR. (¡Ay, Dios mío! Se me ha declarado. Y en estos momentos soy la mujer de mi tío...)

MEL. ¿Qué dice usted, señorita?

AUR. Que yo, caballero, no soy independiente.

MEL. Claro está. Tendrá usted alguien á quien yo deba hacer la petición de su mano.

AUR. No es eso. (Yo no puedo ser franca con este joven. No puedo decirle lo que me pasa...)

MEL. Pero... señorita.. Yo no soy un cualquiera. Me llamo Melitón Rebollo y soy viajante de una fábrica de conservas de Logroño.

AUR. Sí... sí, señor.
MEL. (Muy tierno.) ¡Ay, señorita!...
AUR. (¡Qué simpático es!)

ESCENA VIII

DICHOS y DON FEDERICO

FED. (Por la derecha con el sombrero puesto y un papel enrollado en la mano.) Ya he despachado por ahora, hijita.
MEL. (¿Hijita?)
AUR. (¡Huy! ¡El tío!)
MEL. (Por lo visto es el papá. Le participaré mi deseo.)
FED. (Bajo á Aurora.) ¿Quién es este joven?
AUR. Un... elector.
FED. (Quitándose el sombrero.) (¡Caracoles! No le conozco... No importa. Yo le suelto un discurso. No hay que olvidar ni un momento la propaganda.)
MEL. Caballero; no sé cómo empezar...
FED. Joven, permítame usted...
MEL. Yo deseo decirle...
FED. Escúcheme usted; se lo ruego.
MEL. Bien. Hable usted.
FED. (En tono de discurso, pero con pedantería cómica.) Soy un hombre sencillo, pacífico y honrado y dudo que nadie pueda interesarse tanto como yo por el engrandecimiento de esta localidad.
MEL. (¿Qué dice este señor?)
FED. De esta localidad.
MEL. Sí... sí, señor; ya lo he oído.
FED. De esta localidad.
MEL. ¿Otra vez?
FED. (No sé salir de la localidad... Ah, sí!...) (En tono más pedante.) No es la ambición la que me guía; es el deseo de administrar bien los intereses... de esta localidad.
MEL. Sí... sí, señor. (¡Caramba! ¿Para qué me dirá á mí todo esto?)
FED. Si obtengo el triunfo, tendré un deber más que cumplir... Pero... ¿hay nada en el mun-

do más satisfactorio que el cumplimiento del deber?)

Mel. No... no, señor.

Fed. Claro es que no. Por eso, joven elector, si hoy soy feliz al lado de mi esposa, que adoro, lo sería mucho más si al fin de la votación me viera elegido concejal de este ilustre ayuntamiento.

Mel. (Pero, señor, ¿á qué vendrá este discurso?)

Fed. He dicho.

Mel. (Menos mal.)

Fed. (El último parrafito me ha salido muy redondo.) (A Melitón y hablando con naturalidad.) Ahí va mi candidatura, joven. (Saca una candidatura del bolsillo y se la da.)

Mel. (Cogiendo la candidatura.) (¡Ah! Es un candidato.)

Fed. Espero que votará usted por mí.

Mel. Caballero, yo...

Aur. (A Melitón bajo.) Diga usted que sí votará por él.

Mel. Pues sí... sí señor, tendré mucho gusto en votar por usted.

Fed. Gracias. Mi triunfo es seguro.

Mel. Me alegro.

Fed. Tan seguro que tengo ya hecho el discurso dando las gracias á mis electores. Aquí le tiene usted. (Mostrando el papel enrollado que lleva en la mano.) No lo leo porque lo estoy enmendando.

Mel. Sí... sí... señor. No sabe usted lo que me alegraré de ese triunfo que con tanta confianza espera.

Fed. Tengo una razón poderosa para esperarlo. ¿Sabe usted cuál?

Mel. No señor.

Fed. Pues la de haber hecho las paces con mi señora, que tengo el gusto de presentarle á usted. (Presentando á Aurora.)

Mel. ¿Cómo?

Fed. Sí, señor, mi mujer.

Aur. (A don Federico, bajo.) ¡Pero querido tío!...

Fed. Llámame tú Federico, (A Melitón, fuerte.) Y ¿yo á qué debo el gusto de verle en mi presencia?

Mel. Pues... (¿Qué le diré yo?)

FED. (Mucho lo piensa... Me escamo.)

MEL. Pues yo he venido aquí sólo para tener el gusto de saludar á usted.

FED. Gracias. (Este á lo que viene es á ver si es cierto lo de las paces con mi mujer. Pues si viene á eso ya le he pasado á mi señora por las narices.) Bueno, joven, yo tengo que salir. He tenido mucho gusto...

MEL. Gracias.

FED. ¿Vamos, Aurorita?

AUR. Vamos. (Vanse don Federico y Aurora por el foro.)

ESCENA IX

MELITÓN

¡Su mujer!... Estoy aviado. Porque no me cabe duda que se ha enamorado de mí. ¡Pues como si no! ¡porque yo no sirvo para estos lances! (Toca el botón del timbre que hay junto á la puerta del foro.) Mucho me gusta Aurorita; pero á mí los maridos me dan mucho miedo.

ESCENA X

DICHOS y MANUELA

MAN. (Por el foro.) ¿Llamaba el señorito?

MEL. Sí. Pase usted.

MAN. (¡Qué miedo me da este hombre tan atrevido!)

MEL. Vamos á ver, ¿por qué no me ha dicho usted que la señorita Aurora es casada?

MAN. (Con gran extrañeza.) ¿Pero... no lo sabía usted?

MEL. No.

MAN. (¡Anda! Y yo que creía...) ¿Entonces tampoco sabrá usted que ha estado separada de su marido?

MEL. ¡Yo qué voy á saber si la he conocido hoy mismo!

MAN. Pues hoy precisamente ha hecho las paces con él.

MEL. Eso me lo acaba de decir el marido.

MAN. ¡Valientes paces! Mire usted, señorito, ve una sin querer ciertas cosas que le llegan al alma.

MEL. ¿Sí, eh? ¿Qué ha visto usted?

MAN. Pues que apenas ha llegado la señorita á la fonda ha tenido el primer disgusto con su marido. ¡Si la hubiera usted visto llorar!

MEL. ¡Pobrecita! Y el disgusto ¿por qué ha sido?

MAN. No lo sé, pero seguramente por celos.

MEL. Es posible .. ¡El tan viejo! ¡Ella tan joven y tan monina!... Oiga usted, ¿qué tal genio tiene él?

MAN. Muy malo. ¡Es un hombre terrible!

MEL. ¡Sopla!

MAN. Ese le pega á usted un tiro y se queda tan tranquilo.

MEL. ¡Quiá!

MAN. ¡Vaya!

MEL. Digo que á mí no me lo pega. (Cogiendo su equipaje.)

MAN. ¿Se va usted?

MEL. ¿Qué duda cabe? (Con pena.) ¡Y con lo que á mí me gusta esa mujer!

MAN. Déjela usted. Las mujeres casadas traen muy malos resultados.

MEL. Sí, sí, estoy decidido. (Oyese un timbre dentro.)

MAN. Con su permiso...

MEL. ¿Se va?...

MAN. Sí; ese timbre es que me llaman.

ESCENA XI

MELITÓN

Mire usted que es mucho cuento. La primera vez que iba yo á tener novia y resulta que es casada... ¡Cómo está el mundo! Completamente echado á perder. Lo noto en mí mismo: porque también á mí me dan intenciones de quedarme...

ESCENA XII

DICHOS y AURORA

AUR. (Por el foro.) (¡Está aquí todavía! ¡Cuánto me alegro!)

MEL. (¡Ella otra vez!) ¿Viene usted sola?

AUR. Sí.

MEL. ¿Y su marido?

AUR. Está en el pasillo pronunciando un discurso á un elector que ha encontrado, y yo aprovechando la ocasión...

MEL. (¡Qué atrevida!) ¿Y si viene?

AUR. No tema usted. (Es horrible esto de que me crea casada. Y el caso es que no puedo descubrirle la verdad.) Caballero... (Yendo hacia Melitón.)

MEL. (Huyendo de ella y mirando hacia la puerta del foro.) Haga usted el favor de no acercárseme. Si su marido entrara y nos viera juntos...

AUR. Es verdad... (¿Por qué no me atreveré á decirle lo que pasa?)

MEL. ¡Ay, señora! ¿Por qué ha hecho usted nacer este amor en mi corazón? (Deja el equipaje en el suelo.)

AUR. ¡Ay, caballero! ¡Si usted supiera! Yo siento por usted grande simpatía.

MEL. Yo algo más que usted. (Mirando hacia la puerta del foro como temiendo que salga don Federico. Bajo.) Empezaba á quererla, pero ¿como seguir siendo usted casada?

AUR. ¿Y qué? ¿Va usted á desistir por eso?

MEL. Yo creo que su marido había de ser un obstáculo.

AUR. (De repente.) Sólo por poco tiempo. Yo se lo aseguro.

MEL. ¿Qué?

AUR. Sí, señor Rebollo, al fin nos casaremos si tiene usted paciencia.

MEL. Pero, ¿es que piensa usted quedarse viuda?

AUR. No me pregunte usted más. Sólo puedo decirle que en unas horas pueden cambiar mucho las cosas. Tenga usted paciencia unas horas.

MEL. ¿Unas horas nada más?

AUR. Nada más. (¡Me perece que he hablado demasiado!)

FED. (Dentro.) ¡Aurora!

AUR. (¡Mi tío!)

MEL. (Cogiendo el equipaje.) (Ya me la he ganado!)

AUR. No me descubra usted, señor Rebollo. (Vase por el foro)

ESCENA XIII

MELITÓN

(Dejando caer el equipaje.) Creí que entraba. ¡Qué susto me he llevado! (Se quita el sombrero y se enjuga el sudor de la frente con su pañuelo.) Yo no sirvo para estas emociones... Y ella al salir me ha dicho que no la descubra. (Pequeña pausa en la que medita. De repente y atemorizado.) ¡Dios mío! ¿Qué intentará hacer?... ¿Pensará matar á su marido? .. ¡Quién sabe! Una persona apasionada como lo está ella por mí es capaz de las mayores locuras. ¡Y qué bien claro me lo ha dado á entender! En unas horas, me ha dicho, pueden variar mucho las cosas. ¡Pobre marido! No quisiera yo verme en su pellejo. ¿Le pegará un tiro? No; una detonación es una denuncia... ¿Una puñalada? Tampoco; es otra denuncia... ¡Ah! ¡ya sé! lo va á envenenar; un envenenamiento puede pasar inadvertido. Pero una vez descubierto yo aparecería como cómplice... ¡María Santísima! ¡Qué mujer! (Cogiendo su equipaje.) Yo no estoy aquí un momento más. (Da unos pasos hacia la puerta del foro y se detiene al ver salir á la señá Justa.)

ESCENA XIV

MELITÓN y la SEÑÁ JUSTA

JUSTA (Saliendo.) ¿Y el señor González?

MEL. Ha salido con la señorita Aurora.

JUSTA ¿Y usted quién es? Yo le conozco no sé de qué ni de dónde.

MEL. De esta mañana en el tren. ¿No se acuerda usted.

JUSTA ¡Ah! Sí...

MEL. Como se quedó usted dormida en seguida...

JUSTA ¿Quién? ¿Yo? ¿Dormirme yo?... Pero vamos á lo que interesa. ¿A dónde ha ido el señor González?

MEL. ¡No lo sé!

JUSTA Lo siento, porque quería decirle que ya sabe too el pueblo que está aquí su señora. ¿Usted sabe quién es la señora de don Federico González?

MEL. Sí, la señorita Aurora; y sé también quién es él, y estoy enterado de todo: que se casaron, que se descasaron y que hoy se han vuelto á casar.

JUSTA Así es. (Ya se lo han contao á éste.)

MEL. Pero usted no sabe lo peor.

JUSTA ¿Y qué es lo peor?

MEL. Que he tenido la desgracia de inspirar una pasión á la señora de González y me voy.

JUSTA Pues yo creo que lo que debe usted hacer es dejarse querer de la señorita y quererla también á ella. ¡Pobrecilla!

MEL. Pero, ¿y su marido?

JUSTA ¡Su marido! ¡Su marido!... No tenga usted cuidao. Eso se acabará pronto.

MEL. ¿Por lo visto está usted en el secreto?

JUSTA Sí, señor. Y usted lo estará mu pronto.

MEL. Ya lo estoy.

JUSTA ¿Quién se lo ha dicho?

MEL. Me lo ha dado á entender ella misma.

JUSTA Pues entonces no sé por qué se quiere usted marchar. Me parece que con lo que la señorita le ha dao á entender y con lo que yo le he dicho ahora ya puede usted suponer que al señor González le queda mu poco tiempo de ser marido.

MEL. Cuestión de unas horas.

JUSTA De mu pocas horas.

MEL. Ya, ya veo que está usted metida en el ajo.

JUSTA Sí, señor, lo estoy. Cien pesetillas me vale. Pero á usted le va á valer mucho más...

MEL. ¿A mí?

JUSTA Ya sabrá usted que el señor González es rico y que al morir too lo que tiene será pa

la señorita Aurora: ¿conque no tendrá usted queja, eh?

MEL. ¡Es que yo!...

JUSTA Sí, ya supongo que no la querrá usté por el interés; pero á nadie le amarga un confite. ¡Ea! Tenga usted ánimos y quédese. Yo no puedo esperar más; el señor González tarda mucho en volver y yo no he visto todavía á mi marido. Me voy... Ahora á esperar. Ya sobe usted que el fin está próximo. Hasta luego, señorito. (¡Y que luego diga la gente que yo me duermo!...) (Vase por el foro.)

ESCENA XV

MELITÓN

Esa mujer está complicada en el crimen, no cabe duda, y yo no debo salir de aquí sin prevenir al señor González. Es un deber de humanidad. (Deja los bártulos en el suelo.) Le escribiré. (Aludiendo al recado de escribir que hay sobre el velador.) Aquí hay recado de escribir. (Escribe.) «Señor González: intentan quitarle la vida: no coma ni beba nada, absolutamente nada.» Es decir, no, si no come también se puede morir. (Escribe.) «Tome usted sólo huevos pasados por agua, y aun éstos con precaución, con muchísima precaución. Se lo aconseja... un amigo de la humanidad.» ¿Qué haré para que este papel llegue á sus manos?

ESCENA XVI

MELITÓN y DON FEDERICO

FED. (Por el foro con el rollo de papel que se llevó cuando hizo mutis.) (Estoy contentísimo: mi candidatura va ganando terreno.)

MEL. (El.)

FED. ¿Usted aquí todavía?

MEL. Sí, señor; pero ya me voy. (Yo le diría lo que intentan hacer con él; pero, ¿cómo le digo semejante barbaridad?) ¿Y su señora?

FED. ¿Mi señora?... ¡Ah, sí! (Ya no me acordaba de que mi sobrina..) Pues mi señora está abajo en el escritorio poniendo cuatro letras á su papá; no tardará en subir. (Quejándose.) ¡Ay! (Se sienta y deja el rollo de papel sobre el velador.)

MEL. ¿Qué le pasa á usted?

FED Un dolorcillo que me da de cuando en cuando.

MEL. ¿Dónde?

FED. Aquí. (Señalando el estómago.)

MEL. ¿En el estómago?

FED. Precisamente. (Quejándose otra vez.) ¡Ay!

MEL. ¿Otra vez?

FED. Y ahora con más fuerza.

MEL. ¿Ha comido usted algo?

FED. Sí; he comido unos bartolillos riquísimos hechos por mi señora.

MEL. ¿Por su señora? (Ya lo ha envenenado.) ¡Ay, señor González, no debe de ser una tontería lo que tiene usted porque le encuentro intensamente pálido!

FED. ¿Sí, eh?

MEL. (Ha llegado el momento de partir. Pero antes, ¿cómo le daría yo este papelito? (Aludiendo al que él ha escrito.) ¡Ah, ya sé; lo meteré aquí. (Lo mete disimuladamente en el rollo de papel que don Federico dejó sobre el velador.)

FED. (Quejándose.) ¡Ay!... ¡Ay!...

MEL. (Esto se pone muy malo.) Señor González.

FED. ¿Qué?

MEL. No deje usted de corregir su discurso.

FED. Ahora no tengo ganas de eso.

MEL. Adiós, señor González. Deseo que viva usted muchos años, ¿oye usted?

FED. Sí, señor.

MEL. Muchos años.

FED. Gracias.

MEL. Ya sabe usted mi deseo, señor González.

FED. Sí, hombre, sí, que viva muchos años. (¡Qué pesado!)

MEL. ¡Ah! No deje usted de corregir su discurso. (Vase por el foro con sus bártulos.)

ESCENA XVII

DON FEDERICO; en seguida RONQUILLO

FED. No cabe duda que son los bartolillos... ¡Claro! No tengo costumbre de tomar nada entre horas. (Ronquillo por el foro muy contento.)

RONQ. ¡Señor González, señor González!

FED. ¿Qué ocurre?

RONQ. La presencia de su sobrina paseando por las calles cogida del brazo de usted ha hecho muy buen efecto. Creo que el triunfo es de usted.

FED. Ya lo veremos después del escrutinio.

RONQ. Pues pronto lo sabremos, porque el escrutinio va á empezar en seguida. Pero... ¿qué le pasa á usted?

FED. Que he comido bartolillos y los tengo aquí. (Señala al estómago.)

RONQ. Es natural. ¿Dónde quería usted tenerlos?... ¡Bah! No tenga aprensión.

FED. No tengo aprensión; lo que tengo es los bartolillos atascados, y frío. Toque usted ese timbre. (Señalando al botón que se halla junto á la puerta del foro.)

RONQ. (Tocando el botón.) Sí, señor, ahora mismo. ¡Caramba, caramba! ¡Ponerse usted malo cuando la opinión reacciona en favor de su candidatura!..

FED. ¿Qué le vamos á hacer? A mí meduele más que á nadie. (Quejándose.) ¡Ay!

RONQ. ¿Qué es eso?

FED. Que me duele.

ESCENA XVIII

DICHOS y MANUELA

MAN. (Por el foro.) ¿Qué desean los señores?

FED. Una manta.

RONQ. Corriendo.

MAN. Voy. (Vase por el foro.)

ESCENA XIX

DON FEDERICO y RONQUILLO; en seguida AURORA; luego MANUELA

FED. ¡Ay, Ronquillo! ¿Qué será esto?
RONQ. Poca cosa, una indisposición pasajera. (Sale Aurora por el foro.)
AUR. ¡Federico!... ¡Federiquito!...
RONQ. ¿Qué?
FED. (A Ronquillo.) Es mi señora...
RONQ. Es decir, su sobrina.
AUR. ¡Cómo!...
RONQ. Estoy en el secreto, señorita.
FED. Sí, Aurorita; es persona de toda mi confianza. (Sale Manuela con una manta por el foro.)
MAN. ¿Aquí está la manta.
RONQ. Venga. (Coge la manta y tapa con ella cuidadosamente á don Federico.)
AUR. Pero, ¿estás malo?
FED. Sí.
AUR. ¿Qué tienes?
FED. Los bartolillos que se me han indigestado. (A Manuela.) Tráigame usted un té.
MAN. En seguida.
AUR. Espere. Yo tengo un té riquísimo; traiga usted solo agua bien caliente y azúcar.
MAN. Voy. (Vase Manuela por el foro.)
FED. (Á Ronquillo.) Y usted vaya á recoger noticias. Estos momentos son muy interesantes.
RONQ. Mucho. Y usted no se preocupe por los bartolillos; eso no será nada. ¡Animos, señor González! Vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XX

DON FEDERICO y AURORA; luego MELITÓN

FED. Debo estar cadavérico.
AUR. No, tío.
FED. No me llames tío, llámame Federiquito. (Sale Melitón por el foro con sus bártulos.)
MEL. (No me he atrevido á marcharme. Si ocu-

rriera una catástrofe podría creer la justicia que yo había sido el causante de ella y que por eso huía.)

FED. (Quejándose.) ¡Ay!... ¡Ay!...
MEL. ¿Está usted peor, señor González?
FED. Lo mismo que antes.
MEL. ¿Han llamado al médico?
FED. No.
AUR. ¿Para qué?
MEL. (Claro está: cuanto antes se muera, mejor.)
FED. Esto pasará pronto.
MEL. (¡Infeliz!) ¿Ha corregido usted su discurso?
FED. No, señor. (¿Qué tendrá éste con mi discurso?)

ESCENA XXI

DICHOS y MANUELA

MAN. (Por el foro con servicio de té y un azucarero.) Aquí está el agua caliente y el azúcar. (Deja el servicio sobre el velador.)
AUR. Voy á sacar el té. (Lo busca en su cabás.)
MAN. ¿Quieren ustedes algo más?
AUR. No. (Vase Manuela por el foro.)

ESCENA XXII

DICHOS menos MANUELA

MEL. (Á Aurora, bajo.) Es necesario que esta situación acabe, señora.
AUR. (Bajo.) Ya estamos cerca del fin. Tenga usted un poquito de paciencia.
MEL. Pero...
AUR. Calle usted. (Encontrando el té.) Aquí está el té. (Saca un paquetito de té y echa parte de éste en la tetera.)
MEL. (¡Sí, el té!... ¡Seguramente es la puntilla!)
AUR. ¿Quieres un poco de anis?
FED. Sí.
AUR. Voy á pedirlo. (Vase por el foro y vuelve cuando se indica.)

FED. Esto me sentará muy bien. (Echa té en la taza, luego coge ésta y sopla.)
MEL. ¡Alto! No beba usted, señor González.
FED. No bebo; es que soplo.
MEL. Antes de beber corrija usted su discurso.
FED. Pero, ¿qué pasa con el discurso? (Coge el rollo de papel que dejó sobre el velador y lo ojea.)
MEL. (Ahora encontrará mi papelito.)
FED. (Encontrando el papel que Melitón metió en el rollo.) ¿Qué es esto? (Lee para sí.)
MEL. (¡Ya lo encontró!)
FED. (Quieren atentar contra mi vida... Que ni coma ni beba nada.) ¿Quién ha escrito esto?
MEL. Yo... sí, señor, yo, que estoy enterado de todo, aunque soy inocente, señor González.
FED. ¿Pero es que hay algún complot contra mí? ¿Acaso mis enemigos políticos?...
MEL. No, señor, nada de eso.
FED. Entonces...
MEL. No puedo decirle más; no puedo, señor González.
FED. ¿Por qué?
AUR. (Por el foro con una botella de anís.) Aquí está el anís.
MEL. (¡Sabe Dios lo que será!)
FED. (Aludiendo á Melitón.) (Este joven está loco.) (A Aurora.) Echa. (Aurora echa anís en la taza.) Bastante. ¿Usted gusta?
MEL. Gracias (¡Cualquiera gusta!)
FED. Pues yo sí. (Bebe.)
MEL. (*Consumatun est!* Revienta de fijo. Ya no puedo hacer nada aquí. Ahora sí que me voy.) Adiós, señor González. No olvide que deseo que viva usted muchos años.
FED. Gracias.
AUR. Pero ¿se va usted?
MEL. Sí.
AUR. Mire usted que ya falta poco.
MEL. (¡Qué horror! Envenenadora. Y sin embargo ¡cómo me atrae esta mujer!) (Vase por el foro con su equipaje.)

ESCENA XXIII

DICHOS menos MELITON. Luego RONQUILLO

FED. Oye, Aurora, ¿tú sabes si ese joven que me has presentado está en su sano juicio?

AUR. ¿El señor Rebollo? Empiezo á ponerlo en duda.

FED. Me ha dicho unas cosas muy raras.

AUR. Yo creo que desvaría.

FED. Mira, si vuelve, le dices que me he muerto, ¿oyes? ¡que me he muerto! No quiero posmas á mi lado... (Suspirando con satisfacción.) ¡Ay! ¿Sabes que me ha aliviado el té? (Sale Ronquillo muy contento por el foro.)

RONQ. ¡Victoria! ¡Victoria!

FED. ¿Qué pasa?

RONQ. Que ha terminado la elección.

FED. ¿Y qué?

RONQ. Que he recorrido los colegios electorales y las noticias no pueden ser más satisfactorias.

FED. ¿Soy concejal?

RONQ. Eso dice el escrutinio. (Se pone el sombrero.)

FED. ¿Qué oigo? (A Ronquillo.) Venga un abrazo. (Ronquillo y don Federico se abrazan.) Quítese el sombrero, hombre, haga usted el favor. (Ronquillo se descubre.)

AUR. ¡Tío! (Abrazando á don Federico.)

FED. Sí, sobrina, ya no soy tu marido; vuelvo á ser tu tío. ¡Te has quedado viuda!

AUR. ¡Qué ganas tenía de enviudar!

RONQ. ¿Y de la indigestión, qué?

FED. Que el té me ha sentado muy bien y mucho mejor que el té, la noticia de mi triunfo.

RONQ. Me alegro, porque convendría ir al centro electoral para dar las gracias á los electores que allí han ido deseosos de felicitarle.

FED. Sí, vamos. Antes cogeremos unos cigarros. Pase usted conmigo á mi habitación. (Abre la puerta lateral de la derecha, y hacen mutis por ella don Federico y Ronquillo.)

ESCENA XXIV

AURORA. Luego MELITON

AUR. ¡Gracias á Dios que he dejado de ser la señora de González! ¡Qué mal me sonaba eso! Lo que ahora siento es que el señor Rebollo se ha marchado. ¿Volverá?...

(Sale Melitón por el foro con su equipaje.)

MEL. (¡Imposible huir! Estoy sugestionado por Aurorita y soy suyo, completamente suyo... Aquí está.)

AUR. (El.) Tengo que dar á usted una noticia muy agradable, señor Rebollo.

MEL. ¿Cuál?

AUR. Que ya soy libre.

MEL. ¡Cómo! ¿Y su marido?

AUR. Ya no le tengo.

MEL. ¿Ha muerto?

AUR. Sí (Mi tío ha dicho que así se lo diga.)

MEL. ¿Viuda?

AUR. Completamente viuda. ¿No se alegra usted?

MEL. (¡Qué cinismo!)

AUR. Señor Rebollo, no se incomode usted conmigo por la bromita.

MEL. ¿Llama usted á eso una bromita? (¡Qué frescura!) ¿Dónde está ese desdichado?

AUR. ¿Mi esposo?

MEL. Sí.

AUR. Allí. (Señalando á la puerta de la derecha.)

MEL. (¡Qué horror!) Pero ¿ha dado ya el último suspiro?

AUR. Asómese por el ojo de la cerradura y lo verá.

MEL. (Va hacia la puerta y se detiene de repente.) No... no me atrevo; pero sí tengo valor para huir con usted.

AUR. ¿Qué?

MEL. Que deploro ese crimen; pero ya que el amor ha sido el causante de él, yo, aunque inocente, acepto el ser encubridor.

AUR. Pero...

MEL. Huyamos juntos ahora mismo. No hay tiempo que perder. (Coge de la mano á Aurora.)

AUR. Señor Rebollo...

MEL. No divaguemos. Corramos.

AUR. (Resistiéndose.) Haga usted el favor... (No cabe duda que está loco.)

MEL. Pero, Aurorita, ¿qué vamos á hacer aquí? (Tirando de la mano.)

AUR. (Llamando.) ¡Tío! ¡Tío!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DON FEDERICO y RONQUILLO

FED. ¿Qué pasa?

RONQ. ¿Qué ocurre?

MEL. (Desasiendose de Aurora y retrocediendo al ver á don Federico.) ¡El muerto!(Se arrodilla y tiembla de los pies á la cabeza.)

AUR. (Que se ha abrazado á don Federico, asustada.) Ese joven está rematadamente loco.

FED. ¿No lo decía yo?

AUR. Quería llevarme con él.

RONQ. (Cubierto con su sombrero.) Sí, loco furioso; no hay más que verlo.

FED. ¡Caracoles!

(Don Federico, Aurora y Ronquillo, se ponen á respetable distancia de Melitón.)

MEL. (Levantándose.) Ca... caballero...

FED. Ha... hable usted sin acercarse.

MEL. ¿Está usted vivo ó es una vi... visión?

FED. (¿Yo visión?)(A Ronquillo, Bajo.)(¿Qué le digo?)

RONQ. No le lleve usted la contraria para no irritarle; sea usted lo que él quiera.

FED. Soy... soy... ¿A usted qué le parezco?

MEL. Un vivo.

FED. Pues eso soy.

RONQ. (¡Y tan vivo!)

MEL. ¿No le ha envenenado su mujer?

FED. (¿Qué dice este chico?)

RONQ. ¡Si su mujer no esta aquí!

MEL. ¿Cómo que no? ¿Pues quién es esa señora?

FED. Esta señorita es mi sobrina.

MEL. (Con extrañeza.) ¿Su sobrina?

RONQ. Sí, hombre, sí; su sobrina.

MEL. ¿No me ha dicho usted antes que era su mujer?

FED. Sí... sí, señor; pero eso fué una añagaza política.
MEL. ¿Y usted es casada ó soltera?
AUR. ¡Solterísima!
MEL. (Yendo de un lado para otro muy alegre.) ¡Ay! ¡Qué noticia más agradable! ¡No saben ustedes la alegría que me dan! (Don Federico y Ronquillo huyen cómicamente de Melitón, creyéndole en el paroxismo de la locura.) ¡Soltera! ¡Soltera!... ¿Siendo así, puedo pedir la mano de esta señorita?
AUR. (Pues no es tan loco.)
FED. Pero... ¿usted está cuerdo ó loco?
MEL. ¡Loco!... (Don Federico, Aurora y Ronquillo retroceden asustados.) ¡Loco de amor por esta señorita!
AUR. Sí, tío.
FED. ¿Ahora salimos con esa?... Bueno... ¿Tú qué dices?...
AUR. ¿Yo?...
FED. (Pausa.) ¡Basta! Ya te he comprendido. (A Melitón.) ¿Usted quien es?
AUR. Este joven es el señor Rebollo, viajante de una fábrica de conservas de Logroño.
FED. ¡Caramba! ¿Quién te lo ha dicho?
MEL. Yo que he venido con esta señorita en el tren desde Guadalajara, y que iría tras ella hasta el fin del mundo.
AUR. (Lo que es ahora bien cuerdo parece.)
RON. (¡Qué susto nos ha dado!)
FED. (¡Sí, bueno ha sido!) El caso es que yo no puedo disponer nada; ya veremos lo que dice tu papá.
AUR. Papá dirá lo que yo quiera.
FED. Pues entonces... ¡viva la Pepa!
MEL. Eso quiere decir que usted no pondrá obstáculos...
FED. Ninguno; al contrario. ¡Seré padrino de la boda!
AUR. (Abrazando á don Federico.) ¡Tío!...
FED. Y así te pagaré el favor que hoy me has hecho.
AUR. Gracias, tío.
MEL. Gracias, señor González.
RON. (Dando muestras de impaciencia.) Bueno... Vamos, señor González, que los electores esperan.
FED. Pero quítese el sombrero, Ronquillo.

RON. (Descubriéndose.) Sí, señor; pero vamos...

FED. Espere... (Al público.)

La victoria ya lograda
será para mí un dolor,
si no consigue el autor
que le deis una palmada.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE MARIANO MUZAS

El mordisco, juguete cómico en un acto, en prosa.

Doble suicidio, juguete cómico lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa (1).

El hijo del casero, juguete cómico en un acto, en prosa.

Perfiles matemáticos, extravagancia cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa y verso (1).

Los caramelos, juguete cómico en un acto, en prosa.

Se afeita, corta y riza el pelo, juguete cómico en un acto, en prosa.

Fresa de Aranjuez, juguete cómico en un acto, en prosa (1).

Los pensionistas, juguete cómico en un acto, en prosa (1).

«El nuevo ministerio», juguete cómico en un acto, en prosa (1).

El kilométrico, juguete cómico enun acto y en prosa (1).

La bocina de Regúlez, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa (1).

Noche de días, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa.

La conquista del aire, juguete cómico en un acto, en prosa.

Hotel de Roma, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa.

De escalera abajo, sainete en un acto, en prosa.

Los ochavos, disparate cómico-lírico en un acto y en prosa (1).

Trapos y moños, sainete lírico en un acto, en prosa.

Maniobras en Carabanchel, juguete cómico en dos actos, en prosa.

¡El 20 pelao!, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa.

La última carta, juguete cómico en un acto y en prosa (1).

La señora de González, juguete cómico en un acto y en prosa.

---

(1) En colaboración.

Precio: UNA peseta